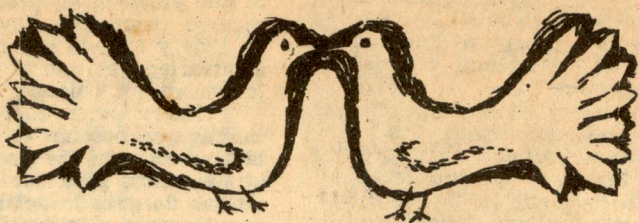


# LA IZQUIERDA



# ESTA UNIDA

por SEBASTIAN SALAZAR BONDY

La ventral satisfacción de los políticos reaccionarios —los descarados y los otros, los que se revisten de superficial progresismo— desaparecerá muy pronto. Las tomas de posición de los partidos y agrupaciones que postulan una transformación radical del sistema opresor en que transcurre el Perú desde mucho antes de las luchas emancipadoras del siglo XIX, no significan de ninguna manera fracturas de la unidad izquierdista. Esta unidad se sustenta en un principio común, imposible de rehuir, deponer o traicionar: el poder debe ser devuelto al pueblo. Que conservando su independencia ideológica con respecto a la concepción general de dicho cambio y a los métodos para lograrlo, personas individuales y movimientos políticos que se alinean en la izquierda actúen por su cuenta, no significa, en absoluto, que se combatan entre sí. A lo más, dicho fenómeno testimonia, contra la rutinaria afirmación de la prensa comprometida con la antipatria, que nadie, en el frente natural y mayoritario del pueblo, procede conforme a consignas extranjeras o bajo la dirección de misteriosos comandos secretos.

Los trabajos de los varios sectores de la izquierda, de otra parte, no tienen como objetivo final el proceso electoral. Para afrontar esta prueba, llegarán a la coalición dentro de un programa general, precisamente el que conformen los puntos fundamentales sin los cuales la conquista del poder por el pueblo no es posible. No hay en la izquierda, pues, cubileteos de ubicación en listas, ambición por alcanzar un determinado lugar en las fórmulas, puja en pos de éste o aquel puesto en la línea de combate. Cualquier hombre honestamente partidario de la revolución socio-económica sirve tanto para estar en la cabeza del gran movimiento cuanto para servir en la tarea más humilde. En cambio, la derecha juega con nombres propios. Se dice Beltrán, se dice Haya, se dice Cisneros, se dicen diez, cincuenta o cien apellidos más. Los hombres reemplazan a la doctrina, sus influencias al poder suasorio de las ideas, sus vinculaciones de dinero, prensa u organización a la razón histórica, que es la que mueve una masa hacia adelante. De ahí que, juzgando a la izquierda, la derecha considere que en ésta se dan los mismos vicios que en ella. Proyectan, en verdad, su crisis —que es crisis de valores porque es crisis de principios— en la realidad, y la miran como hecha a su pobre imagen y semejanza.

Una última, rotunda diferenciación entre ambas posturas. La derecha se defiende como sitiada. A la manera de un castillo asediado, bien abastecido, claro, y pertrechado para una larga y agónica resistencia, la reacción se siente morir. Ha muerto ya en algunas latitudes del orbe, se ha sometido en otras, y no se le oculta que aquí, aunque soporte la carga de hoy, mañana el segundo ariete la encontrará más débil. Siempre se sabrá más débil que ayer. Tacha en un calendario las fechas que pasan, como el ajusticiado que aguarda la hora patibular. Al revés, la izquierda ataca. Con sólo sus ideas y los pueblos que las hacen su carne, su esperanza, su victoria final, ataca. Está a la ofensiva y sabe que el bastión del adversario se desmorona. Como la derecha no es numantina, a la hora final huirá. Eso la divide minuto a minuto, segundo a segundo. Por el contrario, el éxito de la revolución, en el Perú y fuera del Perú, une a la izquierda, la convierte en la fuerza única que no cede porque su triunfo es el triunfo de la justicia, la libertad y el progreso, que no se dan sino en la plena solidaridad.